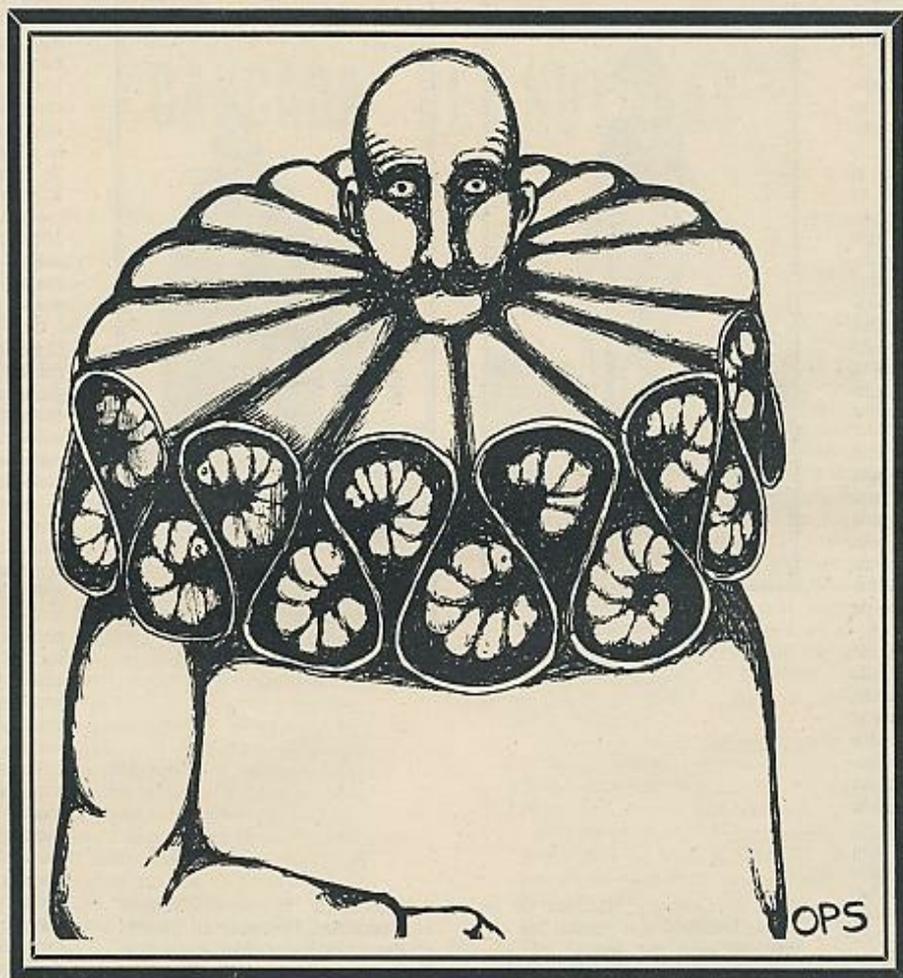


VOLVER SOBRE LO MISMO



TRES SIGLOS DE QUEJAS DE LOS ESPAÑOLES SOBRE LOS ESPAÑOLES

CARMEN MARTIN GAITE

PONERSE a hablar del carácter y los defectos de los españoles es una pretensión que ya en sí misma entraña el tópico. Se sabe casi de por sí lo que va a salir a relucir, pero complace imaginar, por otra parte, las inflexiones y variantes —no por sutiles menos inagotables— a que el tema puede dar lugar; y así, movidos por ese aliciente, apenas detectamos taxista, limpia-botas, compañero de tren o de café dispuesto a darnos la réplica en esta

salmodia pegadiza que nos venimos cantando los españoles unos a otros como para acunarnos de tres siglos y pico a esta parte, recogemos en seguida la señal de su buena disposición y humedecemos los labios con ese particular regodeo inherente a la iniciación de cualquier juego que puede cundir mucho y para el que se sabe uno con naipes en la mano.

Hablar los españoles entre sí de los españoles es, en efecto, el juego nacional por excelencia, mucho más

→

que el mus o el dominó. Un juego, eso sí, en el que ya se entra a sabiendas de que no tiene designio ni conclusión posibles, de que nadie gana y la partida queda siempre en tablas, rematada a lo sumo por rúbricas dialécticas como: «Si es que no puede ser», «Si somos incorregibles», «Si nos tenemos más que merecido todo lo que nos pasa», «Si no conocemos el civismo», «Sí, dígame usted qué se le va a pedir a un pueblo de pastores», diferentes fórmulas de una riquísima gama cuyo particular énfasis, entre enconado y altanero, las hace lo suficientemente familiares al oído del otro jugador como para que le suenen a una especie de «apaga y vámonos», a aviso de que el juego ha quedado agotado, desbaratado ya por aquel día.

No son, en el fondo, tan típicos de los españoles los males de que adolecen como su capacidad para hablar de ellos a fondo perdido y sintiéndolos sin remedio, con esa complacencia en «hacer trofeos de la propia miseria» de que ya hablaba aquel jesuita renegado de Gracián.

Y, ya que he hablado antes de tres siglos y pico, no estaría de más recordar que Baltasar Gracián murió en 1658, precisamente un año antes de firmarse la paz de los Pirineos, mera ratificación de los acuerdos tomados en Westfalia en 1648. Era ya tiempo de dejarse de falacias e ilusiones. La fe en su destino de pueblo elegido que había arrastrado a los españoles a tan desalentadas e increíbles hazañas, si bien desde principios del XVII ya venía mostrando síntomas de crisis, se hizo añicos irremisiblemente en Westfalia, donde quedaba reconocida sin paliativos la ruina de unos ideales en cuyo nombre el país había agotado todas sus reservas. ¿A qué seguir fingiendo ni para quién? En 1645, unos días antes de morir, Quevedo había escrito a un amigo suyo estas desalentadoras y famosas palabras: «Muchas malas nuevas escriben de todas partes y muy rematadas, y lo peor es que todos las esperaban así. Esto, señor don Francisco, no sé si va acabando ni si acabó. Dios lo sabe: que hay muchas cosas que pareciendo que existen y tienen ser, ya no son nada, sino un vocablo y una figura».

Y realmente, a partir de la paz de Westfalia, España ya no era para nadie más que un vocablo y una figura o, como dijo un siglo más tarde Cadalso, «el esqueleto de un gigante»; había dejado de dictar la ley al mundo, y totalmente exhausta, tanto económica como psicológicamente, se replegaba en la amarga y tardía conciencia de su limitación y sus errores. La generación de 1648-59 podría ser señalada a este respecto como la primera en que un grupo de españoles se tapan la cara con las manos, hartos de relumbrones y encandilamientos, y se ponen a meditar —con mayor o menor acierto— acerca de la ruina que perciben en torno y que afecta a la economía, a la agricultura y a la industria. Son Saavedra Fajardo, Fernández de Navarrete, Arrieta, Sancho de Moncada, Gon-



Primera
con fin de país calien y bonno de madre



Que viva la Papa.
Como que vive la Chuchupa y en Lavacilla.

zález de Celorigo, Martínez de la Mata, hombres que tienen en común su afán por hurgar en una serie de opiniones intocables hasta entonces y por mirar a ver si se puede hacer algo con lo poco que queda en casa. Es como si por primera vez se pusieran a trataran de poner en relación las causas con los efectos para tocar las raíces de lo que se advierte que no marcha tan bien como siempre se había dicho. Estos escritores, llamados los arbitristas, en nombre de los «arbitrios» o soluciones que entrevieron para los males del país, son quienes inauguran una revisión pesimista del pasado español, actitud crítica que irá en crescendo y culminará en las lamentaciones de los hombres del noventa y ocho. Una característica que ya se apunta en ellos es la de su individualismo, la de su incapacidad para colaborar. Claro que no era culpa suya. Operaban y amonestaban desde el aislamiento a que, lógicamente, les había conducido su falta total de información profunda acerca de los problemas que analizaban. Como nadie les daba vela en el entierro de la nación, se la tomaron ellos, de un modo autónomo, pero tan solitario que a veces pecó de ingenuo y, sobre todo, de ineficaz y baldío. Era un predicar en desierto, un hablar para nadie o a la busca de un interlocutor que no aparecía. Tal vez es que no había manera de encontrarlo, que la abulia y la desgana nacional eran tan profundas que nadie quería ya saber nada de nada. Y en este aspecto no se arreglaron mucho las cosas con el paso del tiempo, sino que más bien se enconaron. Dos siglos más tarde, Larra, uno de los escritores españoles más lúcidos

y penetrantes de todos los tiempos, escribía: «Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta».

De esta queja a complacerse en la conciencia de excepcionalidad que supone hacerla y seguir predicando a pesar de todo, haya oyentes o no los haya, no media más que un paso, y muchos españoles lo dieron. El viejo Macanaz, ministro de Felipe V, que pasó media vida en el exilio, es un ejemplo claro de este tesón. Aun poseyendo datos suficientes para comprender que en la Corte de Madrid se veían llegar con total indiferencia sus memoriales y avisos desde el extranjero, sólo la muerte consiguió hacerle cejar en su empeño de seguir clamando en el vacío acerca de lo que él creía las lacras del país, y me atrevería a afirmar que sentía un cierto regodeo en este terco hablar para nadie. Es, en verdad, una situación a la que paulatinamente los españoles se han tenido que acabar resignando, ésta de que nadie les escuche. En pocos países como en el nuestro gustará tanto hablar y tan poco escuchar. La cuestión es deslumbrar por cuenta propia, protagonizar, se tenga algo que decir o no. Todos los españoles, más que ser oídos, quieren hablar sin que les interrumpen; el papel de oír, a nadie le gusta un pelo y muy pocos lo representan, y es precisamente ese reparto tan descompensado lo que les hace tan poco dotados para la comunicación. Este fenómeno lo detectó muy bien don Miguel de Unamuno, que —dicho sea ya que viene a cuento— se murió sin haber escuchado nunca a nadie.

Pero me he desviado mucho; vuelvo a los arbitristas. Durante el reinado de Carlos II, periodo en que la situación de penuria del país se agudizó hasta un punto álgido, los escritos de corte arbitrista —anónimos muchos de ellos— proliferaron enormemente. Nunca había corrido tanta tinta sobre el agotamiento y los males del país. Pero el tono de estas lamentaciones conservaba la esperanza en aquellos remedios caseros que se proponían, y en las críticas de tiempos posteriores presididas por un mayor escepticismo, ese tono esperanzado e ingenuo se perdió.

Otra de las diferencias más significativa quizá entre estos españoles del XVII, y los que, a partir del siglo siguiente, eligieron para sus críticas temas parecidos, estriba en que a los primeros era el propio malestar económico y social de España, en su evidencia insoslayable, lo que les impulsaba a quejarse, y no la imitación de corrientes, modas o escritos de otros países, por la principal razón de que apenas se recibían gacetas ni libros extranjeros. Pero la apertura que significó el cambio de dinastía con que se inició el setecientos español añadió un elemento nuevo con respecto a la situación revisionista que queda esbozada: la conciencia de los males de la Patria considerados en sí mismos había de venir a ampliarse desde ahora progresivamente mediante puntos de comparación surgidos al contacto de las costumbres e ideas francesas que poco a poco iban penetrando. Se empezó a caer en la cuenta del retraso que España sufría en todos los órdenes con relación al resto de las demás naciones europeas, y al calor de este fenómeno nació y fue tomando cuerpo una especie de sentimiento de inferioridad que el español hasta entonces raramente hacía conocido. Y frente a esta conciencia de la propia inferioridad se empezaron a perfilar dos actitudes opuestas, en torno a las cuales habrían de irse polarizando ya en adelante de un modo irremisible los dos bandos del pensamiento español. Una actitud era la de la europeización de España, es decir, la de salvar la distancia que separaba al nuestro de los demás países ilustrados, cuyos progresos empezaban a deslumbrar; otra, mucho más general y arraigada en un país que había expulsado a moros y judíos con el consenso popular, la de la xenofobia, la del odio a cualquier novedad que viniese de fuera y la arrogante complacencia en todo lo de casa. Atrincherados estos españoles del segundo grupo en la cerril convicción de que no les era preciso saber nada de aquello que ignoraban y pretendían enseñarles países donde reinaba la herejía, rechazaron de plano el siglo de las luces, como peligrosa fuente de errores, y se encendieron en apolojías de las pasadas glorias patrias, sin quererse convencer de lo caras que las estaban pagando.

Pero si bien es cierto que la actitud tradicionalista se exageró y radicalizó por parte de muchos, no lo es menos que la tendencia a aceptar con entusiasmo cualquier novedad que llevara el marchamo de extranjera llevó, por el extremo opuesto, a excesos también muy notables de beaterio y papanatis-



*Aun puedo con más.
Labrador.*



*A los Cortes
Mojos en un valle y ciprés.*



*Me compaña usted esta Paja?
Labrador.*

TRES SIGLOS DE QUEJAS DE LOS ESPAÑOLES SOBRE LOS ESPAÑOLES

mo. Este afán de mimetismo aparece ridiculizado en muchos textos del tiempo, entre los cuales descuella el que Cadalso tituló «Los eruditos a la violeta», sátira muy aguda y sorprendentemente actual. Y también aquel atrabiliario de Torres Villarroel, que anduvo por la vida a cuerpo limpio, escurriendo cuanto pudo el bulto a la rutina, se reía mucho del prurito de sus contemporáneos por seguir entusiasmados cualquier moda que viniese de fuera. «Los españoles —decía— son los micos de la especie; todo lo quieren imitar. Viven con los ojos antojadizos y los gustos avarientos y, sin consultar a la razón, enamorados de las superficies, califican de mejorías las extravagancias».

DESDE el siglo XVIII hasta nuestros días, el pensamiento progresista y el tradicional pocas veces han encontrado un punto de concordia ni casi se han esforzado por buscarlo. Excepto algunos casos aislados, entre los que destaca el del padre Feijoo, poca gente ponderada ha cogido la pluma en la historia de nuestras letras, ni se ha subido a un estrado en la de nuestra oratoria. Ya lo dijo Unamuno: «Todo español es un maniqueo inconsciente; cree en una divinidad cuyas dos personas son Dios y el demonio, la afirmación suma, la suma negación, el origen de las ideas buenas y verdaderas y el de las malas y falsas. Aquí lo arreglamos todo con afirmar o negar redondamente, fundando banderías».

Tiene, en efecto, la ponderación mala prensa entre los españoles, produce malestar y despierta recelo. La facilidad para pasar de la

ponderación al insulto lleva a los españoles a detectar como mayor enemigo a quien se ha defendido de la enfermedad de insultar que a quien abiertamente les insulta. País de abogados y de jueces, España tiende a mirar con menos antipatía a un individuo que cambia apasionadamente de opinión para pasar a defender sin transición la contraria que al que, deponiendo el fanatismo y armándose de serenidad, se empeña en ir al fondo de las cuestiones sin considerar si es a troyanos o a troyanos a quienes sirve. Con lo cual irrita a troyanos y a troyanos, que lo único que quieren saber expeditivamente es el letrado que tienen que colgarle a cualquiera que haya abierto la boca para decir algo, y desatienden en cambio lo único que habría que atender: el contenido de las palabras que ha dejado dichas. Este prejuicio, que tanto obstaculiza el entenderse, se propaga, claro está, a la letra escrita, porque de un pueblo que no sabe escuchar, mal va a esperarse que sepa leer con acierto. El padre Feijoo, cuyos escritos levantaron tan formidable polémica, advertía al lector en una ocasión:

«Ruégote que cuando en los escritos de mis contrarios halles censuradas algunas proposiciones más que te parezcan o falsas o duras, remires en el teatro crítico el lugar que se cita, y hallarás o que la proposición no está concebida en aquellos términos, o que en su contexto se halla alguna explicación o limitación que la lleva a otro sentido diferente de aquel que le dio el impugnador».

Feijoo fue precisamente uno de los pocos españoles, y de los primeros, en comprender los nefastos

resultados de seguir a ciegas, sin más análisis, cuanto la costumbre hubiera impuesto como excelente. Pero también se dio cuenta de que la tradición era necesaria para respaldar lo nuevo y se dispuso a tomar de ella cuanto honradamente le pareciese aprovechable.

Con estos equilibrios iniciados por el fraile benedictino se abrió el debate de la europeización de España, llamado a estar vigente hasta después de bien concluida nuestra guerra civil. ¿No sería —se preguntaban algunos— que, en el fondo, los españoles resultaban refractarios a la cultura europea moderna? Y si así fuera, ¿había que acojarse por ello? Es bien conocido que Unamuno llegó a afirmar: «Claro que no hay español inteligente y bien intencionado que desee ver su Patria divorciada de la vida general de los pueblos cultos; pero hay más de un modo de participar en ella, y acaso el mejor para tomar de Lutero, de Goethe, de Bacon, lo que a nosotros sea adaptable, sea tratar de imponerles nuestro San Juan de la Cruz, nuestro Calderón, nuestro Cervantes y hasta nuestro Torquemada. Todo menos esa actitud servil de papanatas que no tiene en cuenta nuestro propio espíritu».

EN los albores del XIX, algunos diputados doceañistas trataron de poner al servicio de sus reformas políticas la mentalidad armonizadora de Feijoo, conscientes de que sin las garantías de lo añejo el pueblo no vería como grata reforma alguna, sobre todo si la sospechaban inspirada en modelos extranjeros. El ideólogo más representativo de este afán por buscar un punto de concordia entre lo «an-

tiguo» y lo «moderno», Martínez Marina, decía años más tarde del fracaso de las Cortes de Cádiz:

«Después de muchas meditaciones, llegué a persuadirme de que el remedio más pronto y la medicina más eficaz para curar las enfermedades más envejecidas del pueblo y disponerlo a tomar interés por la revolución era instruirlo en la historia de sus precedentes generaciones... No porque yo haya pensado jamás que la nación no tiene otros derechos que los que gozaron nuestros mayores o que no existen más títulos para asegurar la independencia y la libertad nacional que los que se hallan consignados en los viejos y carcomidos pergaminos sepultos en el polvo de los archivos, y mucho menos que la antigua Constitución de Castilla fuese perfecta y adaptada en todas sus partes a la presente situación política. Sino por lo mucho que la conducta y gloriosas acciones de nuestros antepasados pueden contribuir a extender y fijar la opinión general».

Con el regreso de Fernando VII, la labor de las Cortes de Cádiz quedó, como es sabido, totalmente anulada, y la ideología «moderna», que había empezado a llamarse «liberal», condenada al silencio, a la exasperación más baldía. Quizá la consecuencia más lamentable de este amordazamiento fuese lo que contribuyó a hipertrofiar la incapacidad para la colaboración ya tan latente en los españoles. A la muerte de Fernando VII, de hecho y como secuela de su gobierno opresivo, la fragmentación y discordia de las opiniones liberales, sometidas a subterránea fermentación, se habían convertido en enfermedad incurable. Larra, el más inteligente representante de la nueva generación liberal, cuya eclosión coincidió con el regreso de los emigrados doceañistas y los intentos de reinstaurar sus principios, escribía, conternado, a la vista de aquella desconcertante gusanera de camarillas y subcamarillas: «Porque no escribe uno ni siquiera para los suyos. ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí? ¿Son las academias, son los círculos literarios, son los corrillos noticieros de la Puerta del Sol, son las mesas de los cafés, son las divisiones expedicionarias, son las pandillas de Gómez, son los que despojan o son los despojados?».

A lo largo de todo el siglo XIX este fenómeno no hará sino tomar incremento de un modo alarmante y fatal. En los albores de la Restauración, Giner de los Ríos, uno de los profesores más eximios de la Institución Libre de Enseñanza, no oculta su desconfianza en casi todos los organismos que pretenden configurar la vida nacional ni «en las endeble construcciones a que los empíricos y charlatanes apelan para remediarla».

DESDE ahora se insistirá frecuentemente sobre este tema del vacío charlatanismo de los españoles, cada uno de los cuales pretende detentar méritos suficientes para ser el mesías de un país que va de mal en peor. En la prensa, en la cátedra, en los libros, en las tertulias particulares, en el Parlamento se pondrá sin cesar sobre el tapete lo que se llama de una forma cada vez más neta «el problema de España», y acerca del

7 de Diciembre

Emisión de
10.000 millones de pesetas
de

DEUDA PÚBLICA PARA INVERSIONES



6%

renta líquida
libre del impuesto
sobre las rentas
del capital

Alta rentabilidad sobre seguro

Titulos con valor nominal de:
Serie A: 5.000 Ptas. Serie B: 25.000 Ptas. Serie C: 100.000 Ptas.
Intereses abonados semestralmente a través del Banco de España, o a la cuenta corriente del interesado, si así lo solicita. Dichos intereses se satisfacen el 7 de Junio y 7 de Diciembre de cada año.

Amortización en 10 años mediante sorteos el 7 de Junio de los años 1973 al 1982

La Deuda Pública para Inversiones está considerada como fondos públicos y goza de todos los privilegios y garantías propios de las Deudas del Estado.

LOS FONDOS DE LA EMISION SE DESTINAN EXCLUSIVAMENTE A INVERSIONES PUBLICAS: Universidades, Investigación, Viviendas, Puertos, Aeropuertos, Carreteras, Agricultura...

SUSCRIBA Y COLABORE AL DESARROLLO DE ESPAÑA



CON LA GARANTIA DEL ESTADO

Consulte a su Banco, Caja de Ahorros, Agente de Cambio y Bolsa o Corredor de Comercio

TRES SIGLOS DE QUEJAS DE LOS ESPAÑOLES SOBRE LOS ESPAÑOLES

cual todos querrán echar su cuarto a espaldas y proponer fórmulas similares a los «arbitrios» que dieron nombre a los hombres del XVII. Los de este último cuarto del XIX se habrían de conocer más tarde como los «regeneracionistas» por su coincidencia en hablar de la «regeneración de España». Tienen además en común un tono de desaliento y pesimismo, pocas veces atemperado por la paciencia. Son Macías Picavea, Costa, Lucas Mallada. Todos ellos se dicen ahitos de retórica parlamentaria, sin que por ello la dejen de usar.

«Esta Patria —escribía Mallada—, en otro tiempo tan victoriosa y tan fuerte que dictaba la ley al mundo y tenía en jaque al otro medio, ha venido tan a menos que cualquier cosa es un estadista y cualquier zascandil entrometido y chismoso consigue enriquecerse o satisfacer su vanidad a la sombra del partido que se le antoje. Vistos de fuera, nada remeda juego de niños tanto como nuestros partidos políticos; observad las diabluras que meditan, escuchad sus despropósitos, reparad sus discordias y sus riñas, ved los que se pelean con más saña que eran ayer los mejores amigos... y en ese grupo tendréis el retrato de cualquier partido político».

Y Costa, ensalzador de la política del despotismo ilustrado español del XVIII, época en la que, según él, se había hecho más de lo que se había hablado, escribía en una ocasión, refiriéndose al conde de Aranda, a quien consideraba político ejemplar:

«El hombre de más viveza de ingenio, de más presteza en la ejecución entre cuantos han ejercido el poder en España en los últimos cien años, manejaba, sin embargo, con dificultad suma la palabra, no pareciendo sino que toda la lengua se le había trasladado a los dedos y era mudo».

No; desde luego, en las postrimerías del XIX español, mientras bajo las anodinas apariencias de la Restauración se iba produciendo la desintegración de España, que había de culminar en el desastre de 1898, cualquier cosa podría decirse de los españoles menos que se habían quedado mudos. Era un guirigay insoportable el que resultaba de aquel desmedido afán por echar el propio discurso. Todo el mundo echaba discursos, se los creyera o no, tuviera razón o no. Y había una barrera entre los individuos discursantes, atrincherados en su egolatría; nadie veía ni oía al de enfrente. Este fenómeno era delatado en 1895, tres años antes del desastre de Cuba, por uno de los personajes más negados para ponerse de acuerdo con nadie, don Miguel de Unamuno: «Recobran fuerza nuestros vicios nacionales y castizos todos, la falta de lo que los ingleses llaman "simpathy", la incapacidad de comprender y sentir al prójimo como es; y rige nuestras relaciones de bandería, de güelfos y gibelinos, aquel absurdo de "qui non est mecum, contra me est". Vive cada uno solo entre los demás, en un arrenal yermo y desnudo...». «En esta sociedad compuesta de camarillas que se aborrecen sin conocerse, es desconsolador el atomismo salvaje de que no se sabe salir si no es para organizarse férrea y disciplinariamente con-

mités, comisiones, subcomisiones, programas cuadrículados y otras zarandajas».

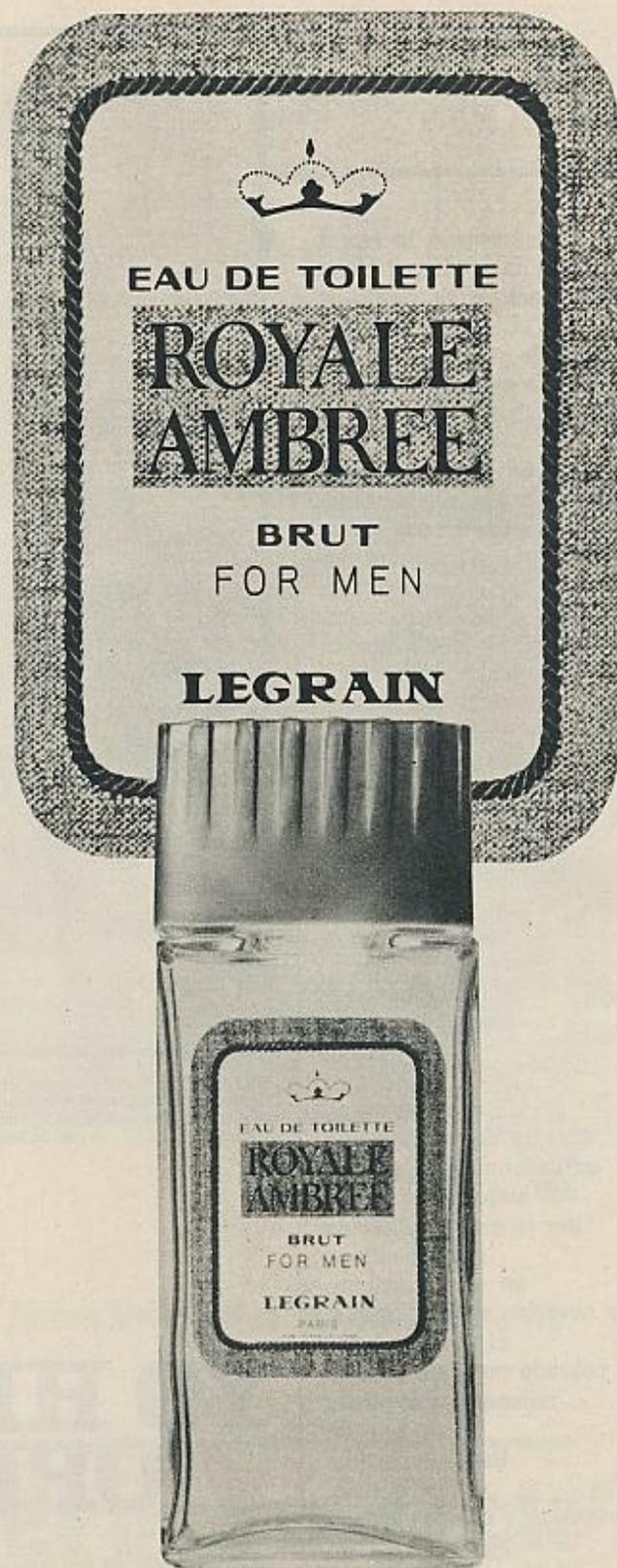
Y Baroja, que siempre se complació en su individualismo, en su condición de bicho raro, decía, refiriéndose a la descomposición de España a finales del siglo XIX: «Un hombre digno no podía ser en este tiempo más que un solitario».

Los españoles, en efecto, se encogían de hombros y se replegaban en su conciencia de excepcionalidad; unos con la cabeza tapada, otros atalayando todavía, con una mezcla de desesperación y soberbia. Desde la queja de Feijoo: «El retraso de España lloro porque el retraso de España me duele», hasta el «Más vale ver negro que no ver» de don Antonio Machado, los caminos optimistas se habían ido cerrando y las posibilidades de entenderse con los demás también. Los discursos abocaban al retraimiento, evidenciaban el callejón sin salida, pero nadie dejaba de hablar. Replegarse sin dejar de hablar. No creer ya en nada, pero seguir hablando. Es el último privilegio a que renuncia un español. Hacer trabajos de ajuste pacientes y minuciosos, escuchar, colaborar, aprender, eso son esfuerzos para naciones menos abúlicas que la nuestra, menos altancras, más humildes. En cambio, hablar es algo que apenas exige esfuerzo, sale sin sentir, aunque se haya comido poco, aunque esté un tumbado, ni siquiera —la Historia lo ha venido demostrando— hace falta interlocutor. Se puede hablar de un modo instintivo e incoherente, sin preparación ni sistema, de lo que vaya saliendo, al palo que pinte.

«Si yo fuese consultado como médico espiritual —dejó escrito Angel Ganivet— para formar el diagnóstico del padecimiento que los españoles sufrimos, diría que la enfermedad es "no querer" o, en términos más científicos, "aboulia"... Si en la vida práctica la abulia se hace visible en el no hacer, en la vida intelectual se caracteriza por el no atender. Nuestra nación hace ya tiempo que está como distraída en medio del mundo. Nada le interesa, nada la mueve de ordinario; mas, de repente, una idea se fija y, no pudiendo equilibrarse con otras, produce la impresión arrebatada... No vemos simultáneamente las cosas como son, puestas en sus lugares respectivos, sino que las vemos a retazos, hoy unas, mañana otras».

Poco después de hacer este análisis tan lúcido —para nadie—, Angel Ganivet se suicidó. Cierro con sus palabras esta selección de quejas de los españoles sobre los españoles, que amenazaría con no tener fin si no se lo pusiera uno deliberadamente en un punto cualquiera.

Y, aunque no se me oculta que todas las observaciones que he añadido de cosecha propia son manidas y tópicas, ni pienso justificarme ni quiero eximirme de tal cariz, porque me ha movido menos una pretensión de originalidad que el incentivo de jugar por escrito a ese juego de tanta solera nacional a que me empecé refiriendo y entre cuyas convenciones figura, por supuesto, la de que sea obligado asistir al palo de los tópicos. ■ C. M. G. Dibujos: OPS. Fotos: ARCHIVO.



- Colonia • Pre y after shave
- Espuma en aerosol • Loción capilar
- Stick desodorante
- Sachets perfumados • Gel espumoso
- Talco • Sales de baño • Jabón de lujo

línea decididamente masculina

LEGRAIN

PARIS